



---

## Día 02 - Esperar la gracia que Dios nos tiene reservada en Ejercicios

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

San Ignacio siempre le va a proponer al ejercitante, pedir a Dios su gracia para que todo lo que haga sea ordenado para el servicio y alabanza de Dios. La primera oración preparatoria que pone en los ejercicios (E.E. nº 46) es: *«pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones (toda mi actividad interior y exterior) se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad»*. Esta debe ser también nuestra petición.

Nosotros debemos querer determinarnos a ello, por lo que vamos a comenzar esperando la gracia que Dios nos tiene reservada. Como antes se determinó la Santa. El jesuita Diego de Cetina se hace cargo de los problemas que ella tenía. Habla en el Libro de la Vida de la intervención de este buen sacerdote que le ayuda en sus dudas interiores y en sus grandes confusiones. Parece que le dio instrucciones basadas en los ejercicios de San Ignacio para ordenar su vida espiritual.

«Llévome por medios que parecía del todo me tornaba otra. [ ...] Quedé determinada de no salir de lo que me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente; y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús; aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Quedó mi alma de esta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y así comencé a hacer mudanza en muchas cosas» (Vida 23,17-18.24,1).

[...] la Santa se dispuso después de un tiempo *«a hacer mudanza en muchas cosas»*. Con esta misma actitud nos hemos de disponer nosotros a quitar de nuestra alma todo lo que estorba y buscar solamente lo que Dios quiere, es decir, su voluntad.

San Ignacio en la primera anotación para hacer ejercicios (E.E. no 1) dice: *«Por este nombre de ejercicios espirituales se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar..., todo modo de preparar y disponer el alma para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitarlas, buscar y hallar la voluntad divina»*. La palabra “mudanza” hace referencia a un cambio en nuestra vida, y el cambio que nos propone Santa Teresa es el mismo que propone san Ignacio: quitar los afectos desordenados. Debemos entrar en Ejercicios dispuestos a esto.

Lo que nos sugiere son días de retiro destinados a la oración, al examen de la conciencia y a la reforma de la vida, para buscar y hallar en todo hacer siempre la voluntad de Dios. El Señor, en medio de las fatigas de la predicación y después de un constante trabajo apostólico, acostumbraba a invitar a sus Apóstoles a retirarse al silencio, a la soledad, a descansar y orar. La Santa dice, que Dios lo quiere,



«No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque... hacéis las cosas tan posibles que dais a entender bien que no es menester más de amaros de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil» (Vida 35,13).

[...] Desde que se reunieron los doce apóstoles en el Cenáculo para prepararse a recibir al Espíritu Santo el día de Pentecostés, se ha hecho de uso frecuente en la Iglesia que busquemos días de retiro, de descanso en el Señor y de lucha, de ejercicios espirituales para prepararnos bien a recibir la visita del Señor en nuestras almas. [...] Como nos indica San Ignacio, *«Quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitarlas, buscar y hallar la voluntad divina»*. Y la Santa lo dice de esta manera:

«Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará a Dios» (Avisos 35).

Para esta experiencia de Dios, este encuentro con Él y este deseo de corregirnos, hace falta poner los medios que estén a nuestro alcance. Es el Espíritu Santo el que transforma al cristiano. Dice la Santa que se comienza a aprovechar de los medios; uno de ellos son estos días de ejercicios,

«Entonces comienza a tener vida, cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza a vivir y se va sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa» (5Moradas 2,3).

La Santa se lo tomaba muy en serio, buscaba los mejores medios.

«En este tiempo sólo la movía el deseo de salvarse y de buscar los mejores medios; que le parecía que, metida más en las cosas del mundo, se olvidaría de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad, de buscar cómo ganar lo que no se acaba» (Fundaciones 10,16).

Incluso si estamos haciendo Ejercicios Espirituales en la Vida Cotidiana, sin dejar nuestras actividades del día a día, en el tiempo que dediquemos a estos Ejercicios, busquemos el mayor recogimiento posible y silencio para profundizar en nuestra oración, y con estos textos permitir que la Santa nos ayude a acercarnos más al Señor.

#### **a) recogimiento.**

[...] San Ignacio en la vigésima anotación (E.E. nº 20) dice: *«Al que está más desocupado y en todo lo posible desea aprovechar... tanto más se aprovechará, cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos y de toda solicitud terrena, así como dejando la casa donde moraba y tomando otra casa o habitación, para habitar en ella cuanto más secretamente pudiere... sin temor de que los conocidos le pongan impedimento»*.



«Así me parece debe ser un alma que, aunque no está en mal estado, está tan metida en cosas del mundo y tan empapada en la hacienda u honra o negocios que no le dejan ni parece que puede descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado, que si no comienza a hacer esto lo tengo por imposible» (1Moradas 2,14).

«*Apartarse de todos amigos y conocidos*», dice San Ignacio, y «*dar de mano las cosas y negocios no necesarios*», dice la Santa, que serían las actitudes ideales para un verdadero recogimiento. El Señor de vez en cuando se alejaba de sus muchas ocupaciones. Había enfermos que curar, muchedumbres que instruir, pecadores que convertir, pobres que ayudar... Sin embargo, aunque todos le buscaran, Él sabía retirarse fuera de la ciudad, a la montaña, para estar solo con el Padre.

El recogimiento aleja de nosotros muchas tentaciones. Un alma disipada sale continuamente al exterior por todas las ventanas de los sentidos. Siempre se la encuentra distraída entre las cosas terrenas, en busca de alguna satisfacción natural. Quiere verlo todo, oírlo todo, se llena de vanas ideas, de falsos juicios, se mete imprudentemente en mil ocasiones peligrosas. ¿No es esto ir en busca de las tentaciones? No es fácil afrontar la soledad y el silencio dentro y fuera de nosotros, sin embargo, son condiciones necesarias para escuchar la voz de Dios.

«Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a Su Majestad que obre como en cosa suya» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 31,7).

El recogimiento nos acerca a Dios. Es el primer paso, por así decirlo, de un alma que retorna del pecado a la gracia o de la tibieza al fervor. Es el caso del hijo pródigo, «*y entrando en sí mismo dijo...*» (Lc 15,17). Se abren nuestros ojos al mundo y nos damos cuenta de los errores, descubrimos el daño que con ellos hemos acarreado. De grandes pecadores nos podemos convertir en santos, porque en el recogimiento del alma. comienza esta tremenda transformación.

«Estaba una vez recogida con esta compañía que traigo siempre en el alma y parecióme estar Dios en ella. También entendí algunas cosas, que Dios se deleita con las almas más que con otras criaturas» (Cuentas de conciencia 54).

En este recogimiento vivía la Virgen, «*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*» (Lc 2,19).

**b) silencio.** [...] El silencio es un gran medio de perfección y ha sido practicado con amor por las almas de profunda vida interior. Uno de nuestros mayores defectos es el de hablar más que escuchar.

[...] Estos días de Ejercicios, y en el tiempo que hemos planificado para hacerlos, debemos crear el clima a propósito para el recogimiento interior, porque es ahí donde habla Dios. Silencio para oír la voz de Dios. Los ejercicios no son días de convivencias, ni de estudios de la Sagrada Escritura, ni de cursillos de formación religiosa y cristiana, sino que son días de encuentro con Dios. Lo que importa más, no es lo que diga la meditación o lo que se lea, sino, lo que diga Dios a cada uno, y esto requiere silencio. Quizás nos quiera señalar algún detalle que haya que poner o quitar en nuestra vida.



«En este templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió le quiere sosegar aquí» (7Moradas 3,11).

Hay que confiar en Dios que nos quiere hablar. [...] y buscar el silencio para escuchar su voz. [...] Seguro que si nos esforzamos un poco encontraremos la solución a los problemas, porque la tentación es dejarnos envolver por ellos y apartarnos del silencio. A veces el silencio asusta. Sin embargo, gustar y saborear el silencio es condición previa para poder experimentar «*qué bueno es el Señor*» (Sal 33,9).

«Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca de Él, pidamos y consideremos estar en su presencia, que Él sabe lo que nos cumple» (4Moradas 3,5).

**c) oración.** [...] Jesucristo nunca se dispensó de orar, ni buscó pretextos para no hacerlo. Oró en el Cenáculo, en el Huerto, en la Cruz. Orando encontró el ángel a la Virgen en su Anunciación. Los Apóstoles, por indicación de la Virgen, se retiran a orar. [...] En ejercicios, debemos orar mucho y pedir la presencia continua del Espíritu en nuestra vida. La Santa habla de esta necesidad.

«Para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración. Cerrada ésta, no sé cómo las hará, porque, aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlos. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros? ¡Y queremos nos haga Dios grandes mercedes!» (Vida 8,9).

†

***Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!***